Los aires ensordecen
Las víctimas que gimen,
A tan horrendo crímen
Su luz el sol perdió.

Coro. En este infausto &c.

VI.

Cautivo aquel recinto
Nos grita en alto ejemplo
El es de España el templo;
El es el patrio altar:
Y el lauro del que al Sena
Los vándalos ahuyente,
En voto reverente
Sus aras debe honrar.

Coro. En este infausto &c.

VII.

¿Qué vale que hoy no vean
Los mares gaditanos
Cercar en ayes vanos
Finjido panteon?
Formemos de pendones,
En mas dichosos dias,
A las cenizas frias
Mas digno pabellon.

Coro. En este infausto &c.

VIII.

En tanto á sus verdugos
Persiga en triste sueño,
Del Prado madrileño
Espectro aterrador.
Sangrienta el agua beban,
Sangriento el cielo miren,
Y en sangre al cabo espiren
Por hierro vengador.

Coro.

En este infausto dia,
Recuerdo á tanto agravio,
Suspiros brote el labio,
Venganza el corazon:
Y suban nuestros ayes
Del céfiro en las alas,
Al silbo de las balas,
Al trueno del cañon.

EN LA MUERTE DE LA DUQUESA DE FRIAS.

Al sonante bramido
Del piélago feroz, que el viento ensaña
Lanzando atras del Turia la corriente;
En medio al denegrido

Cerco de nubes, que de Sirio empaña
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el cárabo oscuro
Ayes despide entre la breña inculta,
Y á tardo paso soñoliento Arturo
En el mar de Occidente se sepulta;
A los mustios reflejos
Con que en las ondas alteradas tiembla
De moribunda luna el rayo frio,
Daré, del mundo y de los hombres lejos,
Libre rienda al dolor del pecho mio.

Sí, que al mortal á quien del hado el ceño
A infortunios sin término condena,
Sobre su cuello mísero cargando
De uno en otro eslabon larga cadena;
No en jardin halagüeño,
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Soltar conviene el lastimero canto,
Con que al cielo importuna:
Solitario arenal, sangrienta luna
Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira,
Que escenas solo de afliccion recuerdas:
Lira, que ven mis ojos con espanto,
Y á recorrer tus cuerdas
Mi ya trémula mano se resiste;
Ven, lira del dolor, PIEDAD no ecsiste!

¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba!
¡Cuándo en tal hermosura alma tan bella
De la corte española
Mas digna fué y espléndido ornamento!
¡Y aquel mágico acento
Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mia!
¡Y qué! fortuna impía,
¿Ni su postrer adios oir me dejas?
¿Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¿Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pálidos despojos?
¡Ay! Derramen sin duelo
Sangre mi corazon, llanto mis ojos.
¿Por qué, por qué á la tumba,
Insaciable de víctimas, tu amigo
Antes que tú no descendió, señora?
¿Por qué al menos contigo
La memoria fatal no te llevaste,
Que es un tormento irresistible ahora?
¿Qué mármol hay que pueda
En tan acerba angustia, los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?

Aun resuena en mi oido
El espantoso obus lanzando estragos,
Cuando mis ojos ávidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron
A tu arribo marcial salva triunfante.
Con inmóvil semblante
Escucho amedrentado el són horrendo
De los globos mortíferos, en torno
Del leño frágil á tus piés cayendo,
Y el agua que á su empuje se encumbraba
Y hasta las altas grímpolas saltaba.

El dulce soplo de Favonio en tanto
Las venas hinche del bajel ligero,
Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronce fiero,
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
¡Salve, ó deidad! del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada:
¡Salve, ó deidad! de gozo enajenada
La ruidosa marina,
Que á tí se agolpa y el batel rodea,
Levanta al cielo el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citerea.

Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gádes:
Absortas envidiaron
El pié donoso y la mejilla pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,
El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito: no empero
Sentí en el alma el pasador agudo
De bastarda pasion, que á dicha pudo
Del honor y el deber la ley severa
Ser á mi pecho impenetrable escudo.
¿Mas quién el homenaje
De afecto noble, de amistad sincera
Cual yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubria,
Que en cuerpo tan gallardo relucia,
Como rico brillante en joya de oro?
¡Cuántas ¡ay! apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Bétis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez, el eco blando
Detuvo el paso á la tranquila fuente;
Ya el primor ensalzando
Que al fragante clavel las hojas riza,
Y la ancha cola del pavon matiza;
Ya la varia fortuna

Del cetro godo y del laurel romano;
O el poder sobrehumano
Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como el antiguo Encélado á una roca!
Pero otro dón magnífico, sublime,
Mas alto que el ingenio y la hermosura,
Debistes al Criador, vivaz destello
De su lumbre inmortal, alma ternura,
¿Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazon? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apenas,
Un infortunio, un rasgo generoso,
Un sacrificio heróico hervir hacia,
Entonces ajitado
Tu rostro angelical resplandecia
De mas purpúreo rosicler cubierto:
Del seno relevando
La estraña conmocion, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban;
El gesto, el ademan, los mal seguros

Acentos, la espresion...¡Ah! Nunca, nunca
Tan insigne modelo
De astro feliz, de inspiracion divina,
Mostró Casandra en los dardianos muros,
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y solo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Solo á tu blando ruego,
La amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor su hermano.
¿Quién sino tú, señora,
Dejando inquieta la mullida pluma,
Antes que el frio tálamo la aurora,
Entrar osara en la mansion del crímen?
¿Quién sino tú del duro carcelero,
Menos al són del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara PIEDAD, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heróico ejemplo,
Y que mi gratitud cuelgue en el templo
De la santa amistad digna corona.
En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumia,
Cuando sordo á mis quejas
Rayaba apenas en las altas rejas

El perezoso albor del nuevo dia;
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oido:
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta, estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos,
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atencion escita
Que hácia mí sin cesar la mano ajita,
Con labio mudo y sonreir funesto.
Salto del lecho, y sígolo azorado,
Cruzando los revueltos corredores
De aquella triste y lóbrega caverna,
Hasta un breve recinto, iluminado
De moribunda y fúnebre linterna;
Y á par que por oculto
Tránsito desparece
Como vision fantástica el Cerbero,
De nuevo estraño bulto,
Sombra confusa que se acerca y crece,
La angustia dobla de mi horror primero.
¡Mas cuál mi asombro fué cuando improvisa
A la pálida luz, mi vista errante
Los bellos rasgos de PIEDAD divisa,
Entre los pliegues del cendal flotante!
¿Por qué, por qué benigna,
Clamé bañado en llanto de alborozo,
Osas pisar, señora,

Esta morada indigna
Que tu respeto y tu virtud desdora?
¡ Ah ! si á la fuerza del inmenso gozo
Del placer celestial que el alma oprime
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.
—A este oscuro aposento,
No á que de pena ó de placer espires
La voz de la amistad mis pasos guia,
Sino á esforzar tu desmayado aliento
Contra los golpes de la suerte impía.
Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crímen en su pecho sienta
El punzante aguijon; que al alma noble
Do la inocencia plácida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni al son de los cerrojos se intimida.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varon constante.
Pronto será que el astro rutilante
Que jamas estas bóvedas visita,
De la calumnia vil triunfar te vea:
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.
—Serálo, sí, lo juro:
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño

Fruncir las cejas, ni arrugar la frente;
Que el dichoso mortal á quien risueño
Mira el destino....No acabé; á deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo: Es tarde: baste ya, señora.
—¡Adios! ¡adios! del vulgo malicioso
Que al despuntar del sol sacude el sueño
Temo el labio mordaz: adios te queda.
—Aguarda.—¡Adios!.... y en soledad sumido
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda,
¡Oh digno, oh generoso
Dechado de amistad! ¡Oh alegre dia!
¿Y en dónde estás, en dónde,
Angel consolador, duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mia?
¡Gran Dios! ¡y ni responde
De su esposo infeliz al claro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
¡Ni de su triste huérfana el lamento
Con ambos brazos al sepulcro asida
Ablanda sus entrañas maternales!
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol
En balde importunais; hará el rocío
Del venidero Abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el Estío;
Mas no espereis que el túmulo sombrío

La devorada víctima devuelva,
Ni en sus profundos huecos
Otra respuesta oir que sordos ecos.
En él de bronce y oro,
Inclito vate, entallarán cinceles
Vuestro heróico blason, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles....
¡Inútil afanar! La sien ceñida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa cítara, moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo á compasion...¡En vano
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira
Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo, encanto peregrino.
Mas ¡ay! ¿podrá su lira
Forzar las puertas del Eden divino?
¿ Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar en tí clavado?
A mas alto poder, mísero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirije
Que entre sollozos lúgubres exhalas;
Y al Sér inmenso que los orbes rije,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo

Mis tiernos votos: y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña,
Trasunto vivo de tu esposa bella,
Dará benigno el cielo
Paz á su madre, á tu afliccion consuelo.
Sí, que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso vaga nube.

EL LLANTO CONYUGAL EN LA MUERTE

DE LA DUQUESA DE FRIAS.

POR SU ESPOSO EL DUQUE DE FRIAS.

No es un sueño ¡oh dolor!.... La huesa fria
Estéril riega ya mi amargo lloro,
Donde en silencio sepulcral reposa
Una muger, que aun en la tumba adoro.
Estos hondos gemidos
Que exhala el alma mia
Con lúgubre clamor, la temblorosa
Voz que no forma apenas
Dolientes ayes, con perenne llanto,
Pruebas darán de mi mortal quebranto.
¡ Ay, que el mas dulce y resistible hechizo
Del hombre es la muger! Naturaleza
Nunca pudo formar un pecho humano

Insensible al poder de la belleza:
Y cuando por ventura
El ingenio y bondad dan nuevo brillo
Al refulgente sol de la hermosura;
Cuando el amor con cándida ternura
Subyuga el corazon; cuando Himeneo
Alumbra con su antorcha placentera
El lazo conyugal, de amor trofeo;
Cuando de union feliz vástago hermoso
Renace el mismo amor, todo dulzura
Nos brinda sin igual; mas si atrevida
La muerte despiadada
Hunde en la tumba la consorte amada,
Todo es llanto y dolor, y la honda herida,
Que cual fiero puñal desgarra el pecho,
En el límite estrecho
Del sepulcro, y no mas, remedio alcanza,
Porque no acaba el mal que no consiente
Ni el soñado placer de la esperanza.
¡ Cuánto recuerda mi angustiada mente
El venturoso dia
Que la juré mi amor, juró ser mia!
Solo amor la ofrecí, que del paterno
Estado, presa de ambicion estraña,
Solo pude salvar un noble acero
Para hacer frente al invasor de España,
Y un lozano bridon, fiel compañero
De mis duras fatigas,

En que á los ecos del clarin guerrero,
Cansado y polvoroso
De combatir las huestes enemigas,
Al ara conyugal corrí gozoso.
No las sacras antorchas reflejaron
Mármol bruñido y regios artesones,
Sino el hierro marcial de los pendones
Que en la patria defensa tremolaron.
De un bondadoso agricultor el lecho
Fué el tálamo nupcial; sirvió mi espada
De espejo á la beldad que el alma llora,
Y en amor y valor mi pecho ardia....
¡ Campos famosos de la antigua Baza
Eternos sois en la memoria mia ! [1]

---

[1] Hallándose el autor en las inmediaciones de Baza, durante la guerra de la independencia, mandando el regimiento de dragones de Pavía, recibió en la tarde del 7 de Junio de 1811 la noticia de haber llegado á Cúllar de Baza Doña María de la Piedad Roca de Togores, con quien habia contraido matrimonio por poderes en la ciudad de Alicante el dia 2 del mismo mes. Aquella noche le tocaba cubrir con su cuerpo toda la línea del ejército, y hacer la descubierta á la mañana siguiente. Así se verificó, y despues de reconocer el campo enemigo y de ser relevado por tropas de refresco, marchó á reunirse con su muger en Cúllar, donde ratificaron el matrimonio alojados en casa de un honrado labrador. Por consiguiente toda esta estrofa es de rigurosa verdad histórica.

Yo recuerdo tambien en mi agonía
Cuando un fruto precioso
Amor me concedió, que hora inocente
Es un ángel del Sér Omnipotente;
No menos vivo píntase en mi idea
Aquel momento de placer sublime,
En que la luz febea
La amable niña que en mis brazos gime
Vió por primera vez. Un caro hermano,
Hermano por amor, la presentaba
Al raudal de salud, que sacra mano
Sobre su tierna frente derramaba.
¡Ay, cuán graciosa y bella
Miré á su madre renacer en ella!
"¡Prenda del corazon, cuando me ayudes
A sostenerme en mi vejez amarga,
Cuando mi vida del penar escudes,
Cuando yo deje la mundana carga,
En el dia fatal en que atrevida
La muerte fiera la segur descarga,
Yo te bendeciré, y aun bendecida
Será tu prole, porque amarte pueda
Como tú fuiste de mi amor querida [1]."
Tan tiernas voces resonó mi acento
Cuando cercano al Bétis espumoso

---

[1] Versos sacados de una epístola del autor á su amigo D. Juan Nicasio Gallego, escrita en 1823.

Con tristes ayes fatigaba el viento;
Y á Nicasio.... ¡Tu nombre, dulce amigo,
Recuerda mi tormento,
Como augurio fatal tu antiguo canto!
"¡Antes la santa huella
Del tardo cenobita oprima el mio
Que ver, oh Aspasia, tu sepulcro frio [1]!"
Así clamaste con dolor y espanto
Cuando entre el ruido de Sidonia un dia,
Mi lira oyendo en fúnebre quebranto,
Muerta juzgaste la ventura mia.
¡Ay, Nicasio, ¡mi amigo! no lo dudo,
Despues del llanto fraternal tu llanto
El primero será: mísera ofrenda
Que á la hermosa bondad hija del cielo
Hacemos en la tumba,
Y de amor y amistad triste consuelo.
Mas este acerbo lloro
Corra, y corra sin fin, que es nuestra gloria
Verterlo sin cesar, si tanto duelo
Es un digno homenaje á su memoria....
¿Quién, oh noche fatal, en que perdido

[1] En el año de 1816 compuso el duque de Frias una elegía á la muerte del duque de Fernandina. Su citado amigo escribió poco despues otra al mismo asunto, en la cual, recelando que á los lamentos del autor pudiera haber dado ocasion alguna desgracia ocurrida en su familia, estampó los siguientes versos.

Miré mi dulce bien, podrá pintarte
Sin lúgubre pavor? ¿ni qué torrente
De lágrimas amargas bastaria
A espresar el dolor que el pecho siente?
¡Murió! ¡murió! Tan fúnebres acentos
De labio en labio vagan
Resonando en mi hogar entre lamentos.
Confusos por sus ámbitos divagan
Mis deudos, mis amigos,
Mis domésticos fieles,
Del infortunio asolador testigos,
Y á la preciosa víctima llamando
Van el dolor y la afliccion doblando.
De angustia lleno y de terror sombrío
En las tinieblas de la noche airada
Esa hija de mi amor, ídolo mio,
Con mis brazos estrecho,
Para salvarla, á mi angustiado pecho.
Porque á mi vista, la segur alzada,
La inexorable furia aparecia
Con el triunfo feroz encarnizada.
¡Oh tú, númen del bien, PIEDAD hermosa!
Recibe mi dolor, santo tributo
Que á tu memoria el alma congojosa
Consagra con su amor; y el tierno fruto
De nuestra union felice,
Que mi cariño paternal bendice,
Con su ruego inocente,

Del gran Dios de bondad logre dichosa
Te alumbre el sol de su adorable frente.
Cuando pregunte en mi mansion llorando
Por tí, mi caro bien, ni el vago viento
Mi voz repetirá sin un suspiro
De la hija tierna que angustiado miro.
La carga del vivir en mí pesando,
Si la edad al dolor quizá resiste,
Veré los años fúnebres pasando
De luto lleno y de congoja triste.
¡La edad, oh Dios!... ¿En la vejez penosa,
Quién mi ayuda será? ¿Quién oficiosa
Podrá animar mi fatigado aliento?
¿Quién mi plácido acento
Renovar en mi oído
Que en él un tiempo resonar solia?
¿Y quién los moribundos
Ojos en mi agonía
Ultima cerrará? Solo la amada
Hija del corazon, desventurada,
El nombre repitiendo de su madre,
Dará en la borde de la tumba helada
Dulce consuelo á su infelice padre.
Acércate á mi pecho, gloria mia,
Y á tu madre adorada
Juntos lloremos; su final aliento
Fué tuyo y mio, como el nuestro un dia
Será suyo tambien, cuando del mundo

Rotos los flebes lazos
A entrambos cierre entre sus yertos brazos.
¡Tu apacible inocencia, amor querido,
No alcanza á conocer el bien perdido!
Para una jóven tierna, á quien prepara
El vicio seductor pérfida guerra,
Una madre es un ángel en la tierra....
Ven, hija, sígueme, y unidos demos
Una prueba de amor y de ternura
A la que tanto recordar debemos.
De tu madre ¡ay de mí! los restos frios
Aqueste vaso cinerario guarda,
Y en su gótica espléndida capilla
Don Pedro de Velasco los aguarda.
Ayúdame, que carga tan preciosa
Tan tuya es como mia,
Y en el lúgubre dia
Que honrando nuestros hijos la memoria
De sus abuelos, sobre el jaspe duro
La anual ofrenda por su eterna gloria
A Dios presenten con acento puro,
Por tu madre infeliz en dulce anhelo
Sus tiernos votos alzarán al cielo.
Allí en el templo santo,
Allí donde el poder antiguo brilla
De nuestros condestables de Castilla,
Es su digna mansion, ya que no puede
Nuestro amargo quebranto

Sino bañar la tumba con el llanto.
¡Oh tú, Señor, á quien el claro nombre
De mi linaje y opulencia debo,
BUEN CONDE DE HARO, de alta nombradía!
Este yerto depósito sagrado
Admitirás en la congoja mia.
Yo te lo ruego, y cándida inocente
Esta prenda del alma con su lloro
Te lo ruega tambien... Son sus blasones
Los azulados veros que brillaron
En tus feudales célebres pendones.
Hija es mia, Señor: hoy de su madre,
Que fué mi cara esposa,
Los despojos mortales te entregamos,
Que como á genio tutelar y padre
En tu mismo sepulcro colocamos.
Sé tú su guarda fiel hasta que suene
La trompeta final, y el orbe entero
Al eco santo de pavor se llene....
¡Los restos son de la muger hermosa
Que dió á luz á mi huérfana querida,
Y supo hacer mi suerte venterosa
En los mejores años de mi vida!

EN LA MUERTE DEL DUQUE DE FERNANDINA.

ELEGIA.

¿Qué triste són, qué canto dolorido
Detiene el curso al raudo Guadalate
Y en tono sepulcral hiere mi oido?
Entre el manso ruido
Del fúnebre cipres que arrulla el viento,
¿No escucho el caro acento,
Los tiernos ayes de mi ilustre amigo (*)?
¿Que, solo, al pié de un túmulo suspira?
¿Estos no son los ecos de su lira?
Sí, que mi pecho en llanto se deshace,
Y allá en el polvo, do olvidada yace,
Se escuchan ¡ay! por dulce simpatía
Tristes gemir las cuerdas de la mia.
¿Será, ¡mísero yo! que infausta estrella
Del caro fruto de su amor le prive,
O el sol hermoso, en cuya lumbre vive,
Llore eclipsado de su esposa bella?
Antes la santa huella
Del lento cenobita oprima el mio,
Que ver, ¡oh Aspasia! tu sepulcro frio.
Mas no de su lamento
Es otra la ocasion. En son agudo
Clamar las torres de Sidonia siento,

---

[1] El Señor duque de Frias.

Que redobla el pavor del campo mudo.
Ya la fúnebre nueva
Por los góticos claustros se difunde
Rápida como el viento que la lleva,
Y el eco de la noche en el desierto
Repite ¡ ay Dios ! que Fernandina es muerto.
¡ Ah ! ¿ Y es verdad ? ¿Ni su inocente vida,
Que el verdor no gozó de veinte abriles,
De tan aciago fin salvarle pudo ?
¿ Ni el vigor de sus años juveniles,
Ni el alto alcázar, ni el dorado techo
Fueron al golpe atroz bastante escudo ?
¡ Y en tanto satisfecho,
De lustros y de crímenes cargado,
Triunfa el protervo y la virtud oprime !
Y en tanto el desgraciado
Que en la amargura gime,
Y á quien mas que el morir la vida espanta,
Mal su grado encanece,
Ya porque en años, en miserias crece....
¡ Oh Providencia inescrutable y santa !
¡ Cuánto de aquellos dias
El recuerdo fatal mi pecho aflije
En que la muerte ¡oh niño ! lamentando
Del claro jóven que dos mundos rije,
El lento curso de la edad sentias !
Te ví, te ví mil veces
Probar el temple á la flamante espada,

Y la crin del bridon con blanda mano
Impaciente halagar bañado en gozo.
Yo ví tu faz de cólera inflamada
(Que del naciente bozo
La débil sombra matizaba apenas)
Al són del parche y al marcial estruendo,
Y en noble saña hirviendo,
La sangre de Guzman henchir tus venas.
¿ Mas á qué de esta suerte
Con pasadas memorias devaneo,
Cual con sueño fugaz, si en solo un punto
Tanta esperanza en flor marchita veo
Al rudo soplo de áspera fortuna ?
Tú que mi llanto ves, pálida luna,
Tú que el usado giro terminando,
Una vez y otras dos al jóven viste
Entre las garras del dolor luchando,
Que al fin con rabia inusitada y fiera
Fundió sus huesos, como el sol la cera.
Al contemplar que ni un momento aplaca
Su cólera inclemente,
Entre el negro crespon de nube opaca
De horror velaste la argentada frente.
¿ Y quién en tanto al aflijido padre
Dar consuelo sabrá ? ¿ Quién la agonía
Pintar al vivo de la tierna madre
Que junto al hijo exánime gemia ?
" ¡ Ay triste ! prorrumpia:

" ¿ Dónde mis dulces ilusiones fueron
" Para nunca tornar ? ¿ El rico estado,
" Los tesoros, ni el arte, qué valieron ?
" ¿ Quién me dijera ¡ oh niño desgraciado!
" Que para verte en tan atroces penas
" El sér te dí, te alimenté á mi pecho?
" ¿ A quién ¡ ay ! al morir le falta un lecho ?
" El mendigo infelice
" ¡ Hállalo en pobre paja ó suelo frio,
" Y el cielo se lo niega al hijo mio !" (1)
Dice: y alzando al lastimado acento
Su voz el duque y lánguida cabeza,
En que el sello de muerte
Grabado estaba y la filial terneza,
" No así al dolor rendida
" Querais, dijo, señora, de esta suerte,
" Perder conmigo tan preciosa vida.
" Esos niños mirad que en torno lloran
" Y tiernamente os aman:
" Tambien los inocentes madre os llaman,
" Y vuestro afecto y proteccion imploran."
No dijo mas: lanzando un ¡ay! profundo
Que recorrió los altos artesones,
Selló la parca el labio moribundo
Y al alma abrió las fúlgidas regiones.

[1] El duque de Fernandina pasó su enfermedad y murió sentado en una silla, porque el mal no le permitió descansar en el lecho.

Vióse al letal gemido,
Cual bella palma que derriba el rayo,
Bajar envuelta en súbito desmayo
La triste madre al alfombrado suelo.
No tornes á vivir, que angustia y duelo
Te aguarda solo y eternal quebranto,
¡Desgraciada muger! Mas ¡ay! que en tanto
Vuelve á la vida inmóviles los ojos,
Con voz quebrada, sin accion, sin llanto,
Llama al hijo infeliz, que no responde,
Alzase, y azorada,
La trenza al aire por los hombros suelta,
Vaga en su busca sin mirar por donde:
De su prole angustiada,
Que sus pasos detiene y la rodea,
No oye la voz querida,
Ni ve la luz febea,
Que en un mar de tinieblas sumerjida
Sin él se juzga desamada y sola.
¡Musa, no mas! Las nubes arrebola
Ya el alba soñolienta, á mis mejillas
Las lágrimas se agolpan, y embargada
Mi lengua de dolor repugna el canto:
Cesa, y en raudo vuelo,
Pues á mí no me es dado, á las orillas
Del Manzanares torna,
Y en la tumba sagrada
Depon la adelfa que tu sien adorna.

Si allí por dicha á la matrona hallares
El hijo caro demandando al cielo,
Dile, y á sus pesares
Dar logrará tu voz dulce consuelo,
Que ya ceñido de inmortal corona
En el Empíreo coro,
Himnos de gloria venturosa entona
Al Dios *Omnipotente* en arpa de oro.

A LA MUERTE DE

ISABEL FRANCISCA DE BRAGANZA

Reina de España.

"Ostendent terris HANC tantum fata, neque ultra
Esse sinem . . . Virg. Æneid. vi.

¿Por qué revuelta en espantoso velo
Cubres la augusta faz? ¿qué agudas penas
De imprevisto clamor turban tu cielo?

¿Ves, oh patria infeliz, de sangre llenas
Tus hazes al furor de Marte crudo,
Y á tu adorado rey entre cadenas?

¿Será forzoso que el potente escudo
De nuevo embraces, y la lanza fuerte
Que los grillos romper del orbe pudo?

¡Ay! No será, que el fallo de la muerte
Ni el valor lo revoca ni el acero:
Llorar, solo llorar es hoy tu suerte.

¿No hay esperanza? ¿Es cierto que su fiero
Soplo estinguió la antorcha lusitana,
Que inundaba de luz el campo ibero?

¿Es verdad que tu escelsa soberana
Brilló tan solo el término de un dia,
Como la rosa del Abril temprana?

¡Ay! vuelve al triste son, cítara mia,
Vuelve de nuevo al querellar doliente,
Nunca avezada al gusto y alegría.

Ciña el cipres las canas de mi frente,
Que argentó del pesar la mano adusta
Mas bien que de los años la corriente;

Y el claro nombre de Isabel augusta
Oigan estas olivas y nopales,
Que dotó de piedad su suerte injusta;

Que no es dado á mi canto los reales
Palacios penetrar, y en grato acento
De Fernando infeliz templar los males.

Tú, reina hermosa, que á tan alto asiento
Por mil virtudes encumbrada fuiste,
Dejando á España lágrimas sin cuento;